

Los movimientos por la paz en Bilbao: Resquicios y espacios para la convivencia en la ciudad

Dr. Imanol Zubero

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

La ciudad como espacio privilegiado para el desarrollo de hábitats de significado parece haber entrado en crisis. Relevancia del sentido de vecindad, la conciencia de pertenecer a un mismo espacio de convivencia. Defensa de la ciudad en los movimientos pacifistas.

Bakearen aldeko mugimenduak Bilbon: uriko elkarbizitarako espazioak eta zirrirtuak

Uria habitat esanguratsuak garatzeko toki pribilegiatua izatearen irudia badirudi gainbehera doala. Auzotasun-zentzuaren garrantzia, gune bereko bizikideak izatearen kontzientzia. Uriaren defentsa mugimendu bakezaleetan.

The peace movements in Bilbao: opportunities and spaces for coexistence in the city.

The city as a privileged space for the development of habitats of meaning appears to have entered into crisis. The relevance of the sense of neighbourhood, the consciousness of belonging to the same space of coexistence. Defence of the city in the pacifist movements.

[I]

Los seres humanos habitamos un mundo de significados. Mucho de nuestra vida es liturgia en la que resumimos lo que somos, expresión de lo que creemos o de lo que deseamos; mucho de lo que hacemos no es sino explicitar lo que creemos obvio. Pero todo ello va tejiendo una red de complicidades, de implícitos compartidos, de simpatías mutuas, de conexiones prácticas, sin las que la vida cotidiana se torna fría y, a la larga, insostenible. Recurriendo a las palabras de uno de los sociólogos que más se ocupó de desentrañar esta construcción significativa del mundo social, Alfred Schütz, «el mundo de mi vida cotidiana no es en modo alguno mi mundo privado, sino desde el comienzo un mundo intersubjetivo, compartido con mis semejantes, experimentado e interpretado por otros; en síntesis, es un mundo común a todos nosotros».

Para ello, necesitamos instituciones capaces de generar *habitats de significado*. Los hábitats de significado son aquellos espacios capaces de sustentar los pequeños mundo de la vida de tal manera que las personas seamos capaces de vivir el pluralismo característico de la era moderna sin sucumbir a la crisis de sentido. Es en ellos en los que fundamentalmente podemos desarrollar aquellos *hábitos del corazón* (es decir, aquellas referencias morales que nos vinculan con una comunidad humana concreta, configurando una determinada “forma de ser”) que permiten hablar de la existencia de un “nosotros”.

Es por eso que *no hay*, que no puede haber, *ciudad sin espacios rituales* (Sennet).

[II]

Sin embargo, la ciudad como espacio privilegiado para el desarrollo de hábitats de significado parece haber entrado en crisis.

Escribe en este sentido Pietro Barcellona: «En la sociedad postmoderna parece que el destino de la ciudad se cumpla definitivamente en la desaparición de sus funciones tradicionales. El último “subrogado” de la polis ha cumplido su misión de liberar a los individuos de todo vínculo comunitario: al destruir todo espacio específico, todo lenguaje especial, al disolver toda forma de pertenencia estable y duradera a una clase, a un rango, a un partido o a una idea, la ciudad se ha convertido en un sistema puro de objetos y estructuras funcionales, y, correlativamente, de individuos aislados que se mueven en todas direcciones sin otra meta que los flujos del consumo y del espectáculo». Se cumple la paradoja de la muchedumbre solitaria (Riesman).

Surge así un individuo moderno que es, por encima de todo, «un ser humano móvil» (Sennet). Un nómada solitario. Se trata de un hombre sin atributos reducido casi siempre al papel de *espectador*. Un individuo pasivo que sólo se cohesiona, en palabras de Eugenio Trías, «bajo la forma de agregación masiva (tan inclinada y proclive a la ley de Lynch)».

Un individuo así es el que está en la base de ese *idiota moral* (Bilbeny) que ha protagonizado y protagoniza algunos de los episodios de barbarie más trágicos de nuestro siglo.

La existencia de un ser humano así, de un individuo precario, tiene como consecuencia la aparición de *movimientos sociales* igualmente *precarios*. Las tecnologías de la información y de la comunicación permiten en la actualidad a millones de activistas potenciales conectarse rápidamente entre sí: informados casi al mismo tiempo de un determinado hecho, millones de personas en todo el planeta pueden sentirse llamadas a la movilización de protesta y, mediante el teléfono, el fax, o el correo electrónico, dar nacimiento a una campaña o sumarse a alguna ya existente. En pocos días pueden proliferar las manifestaciones en diversas capitales o realizarse una recogida de firmas a nivel internacional, pueden surgir líderes locales, etc. Pero la cuestión de fondo es: ¿favorecen las condiciones culturales vigentes los rituales de una adhesión comprometida a largo plazo? Probablemente no, y tal vez esta precariedad cultural sea la que explique en buena parte el fenómeno de *zapping* que experimenta la movilización social en nuestros días: siempre a la zaga de la última tragedia retransmitida vía satélite. Parecemos incapaces de campañas a largo plazo.

Una muestra más de esa *ruptura de la cadena significativa* que nos impide organizar nuestra vida en una experiencia coherente y la reduce a una «colección de fragmentos», a una «práctica fortuita de lo heterogéneo, lo fragmentario y lo aleatorio» (Jameson).

[III]

Todo lo dicho hasta aquí dibuja un escenario de *ruptura de la ciudad*, entendida ésta como el espacio para las interacciones libres de ciudadanos responsables. Lo que aparece es una ciudad postmoderna, «punto de llegada al individuo finalmente libre de todo vínculo o condicionamiento ideológico: justamente, del individuo sin metas u objetivos [...] La ciudad contemporánea es la imagen del funcionamiento abstracto de lo postmoderno, en el que la libertad del individuo se realiza como 'individualización' de estrategias particulares e irrepetibles de acceso al consumo masivo: al espectáculo de los parques de atracciones inmensos, de los estadios y de los conciertos de rock; a las escaleras mecánicas de los modernos rascacielos de vidrio y a las puertas giratorias de los bingos. La ciudad postmoderna es una enorme superficie pulimentada en la que se puede patinar hasta el infinito» (Barcellona).

La ciudad, históricamente el espacio privilegiado para la civilidad, la socialidad, la comunicación, el encuentro, la participación, se ve reducida a un *espacio sin referencias*, un espacio que ya no es necesario para la vida. Un espacio para ser atravesado a la mayor velocidad posible con el fin de llegar cuanto antes a los nuevos lugares privados en los que desarrollar virtualmente la

dimensión relacional: «El rascacielos de los individuos de carne y hueso -lamenta Barcelona- se ha convertido en una extraña torre de Babel en la que todo el mundo consigue conectar con la red informática pero ya no logra hablar con el vecino de enfrente». Pero la pérdida de la ciudad real en beneficio de la ciudad virtual arrastra consigo la pérdida de la política real. Porque «no hay política sin ciudad [...] La ciudad es el lugar de los trayectos y de la trayectividad. Es el lugar de la proximidad entre los hombres, de la organización del contacto» (Virilio).

Así pues, la pérdida de la ciudad significa la pérdida de la comunicación real al disminuir el interés por los lugares y por la gente. La respuesta, entonces, ha de ser reencontrar la ciudad como espacio privilegiado para la relación social, reorganizar el lugar de la vida en común. En palabras de Virilio, “no debemos dejarnos traicionar, engañar por la *tele-città* después de la *cine-città*. Debemos encararnos al drama y a la tragedia de la ciudad-mundo, esta ciudad virtual que pone fuera de su lugar el trabajo y la relación con el prójimo”.

[IV]

En este contexto, es urgente reivindicar y defender el *derecho a la ciudad*: «No a la ciudad antigua, sino a la vida urbana, a la centralidad renovada, a los lugares de encuentros y cambios, a los ritmos de vida y empleos del tiempo que permiten el uso pleno y entero de estos momentos y lugares» (Lefebvre). Es preciso recuperar, recrear o inventar espacios en los que ese encuentro profundo sea posible.

Esta perspectiva relacional sobre los espacios, que supera cualquier reduccionismo físico, ya fue expuesta en 1908 por un sociólogo clásico como es Georg Simmel en los siguientes términos: «El espacio es una forma que en sí misma no produce efecto alguno [...] No son las formas de la proximidad o distancia espaciales las que producen los fenómenos de la vecindad o extranjería, por evidente que esto parezca. Estos hechos son producidos exclusivamente por factores espirituales, y si se verifican dentro de una forma espacial, ello no tiene en principio más relación con el espacio que la que una batalla o una conversación telefónica pueda tener con él, a pesar de que estos acontecimientos no pueden efectuarse sino dentro de determinadas condiciones espaciales. Lo que tiene importancia no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales».

[V]

Sirva este largo apartado teórico para situar más clara y más sencillamente mi análisis sobre la aportación de los movimientos por la paz al proyecto colectivo de hacer de Bilbao una auténtica “ciudad de los ciudadanos”, por recordar el título de la conferencia inaugural de este Symposium.

Y esto lo han hecho:

- Generando un mundo intersubjetivo, compartido, un hábitat de significado, mediante la proliferación por toda la ciudad de espacios rituales a través de la celebración habitual de concentraciones, marchas, manifestaciones.
- Combatiendo a ese idiota moral que todas y todos llevamos dentro, desvinculado y desresponsabilizado del destino de sus conciudadanos, mediante campañas de concienciación y denuncia.
- Proponiendo la conformación de movimientos sociales constantes.
- Llenando el espacio urbano de referencias para configurar un mapa cognitivo de la solidaridad: con sus locales formales (sedes) e informales (centros cívicos, salones de actos e incluso bares); con sus carteles; etc.
- Generando oportunidades para el encuentro de personas diferentes, espacios para la transversalidad, para el mestizaje, para el entrecruzamiento de itinerarios.
- Defendiendo el derecho a la ciudad para todas y para todos.

En 1935 el rabino de Berlín, Joachim Prinz, describió así la situación que empezaban a sufrir los judíos en Alemania: «Acaso esto no haya sucedido nunca en el mundo y nadie sabe cuánto tiempo se puede soportar; la vida sin vecinos...». Como analizara magistralmente Zygmunt Bauman, el Holocausto fue posible sólo tras un largo proceso de *producción social de la distancia*, condición previa para la *producción social de la indiferencia moral*. Sólo así fue posible generalizar entre los ciudadanos alemanes la convicción de que «por muy atroces que sean las cosas que les pasan a los judíos, en definitiva no tienen ninguna influencia adversa sobre la situación del resto de la población y, por lo tanto, no deben preocupar a nadie más que a los judíos» (Bauman). También Ulrich Beck ha analizado el proceso (que él denomina de *construcción política del extraño*) que hizo que tantas personas pasaran “de vecinos a judíos”, siendo así expulsados en la práctica del espacio de los derechos y las responsabilidades.

No pretendo con esta idea vincular mi exposición a debates muy actuales sobre la comparabilidad entre la situación vasca de hoy y la de la Alemania nazi, comparabilidad que personalmente cuestiono. Sólo quiero llamar la atención sobre la relevancia que tiene el sentimiento de vecindad, la conciencia de pertenecer a un mismo espacio de convivencia.

Creo que los movimientos pacifistas, más allá de sus intenciones estratégicas más explícitas o más concretas, han buscado con sus iniciativas defender la ciudad, en este caso la ciudad de Bilbao, como un espacio en el que, porque todos sin excepción somos vecinos y ninguna otra cosa, la indiferencia sea injustificable.

BIBLIOGRAFÍA

- ARGULLOL Rafael y TRÍAS Eugenio (1992), *El cansancio de Occidente. Una conversación*, Destino, Barcelona.
- BARCELONA Pietro (1996), *El individualismo propietario*, Trotta, Madrid.
- BAUMAN Zygmunt (1998), *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid.
- BECK Ulrich (2000), *La democracia y sus enemigos*, Paidós, Barcelona.
- JAMESON Fredric (1991), *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Paidós, Barcelona.
- LEFEBVRE Henri (1978), *El derecho a la ciudad*, Península, Barcelona (4ª).
- SENNET Richard (1997), *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Alianza, Madrid.
- SIMMEL Georg (1977), *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, 2 vol., Revista de Occidente, Madrid.
- VIRILIO Paul (1997), *El Cibermundo, la política de lo peor*, Cátedra, Madrid.
- ZUBERO Imanol (1998), "Descubriendo oportunidades para la participación social: resituando nuestros espacios de participación", en *Documentación Social*, nº 111, Abril-Junio.